

EN MEMORIA A WALTER A. GROPIUS

A la edad de ochenta y seis años ha muerto en Boston Walter A. Gropius, figura que para los profesionales del mundo de la arquitectura representa una de las imágenes más claras de aquel Renacimiento que significó el Bauhaus, y para algunos críticos del progresismo más advenedizo, uno de los representantes más significativos del «materialismo estético». Gropius ha sido el nombre más divulgado de uno de los movimientos claves en la época contemporánea; representó, junto con tantos otros nombres, las cotas más significativas de la época, la vanguardia más limpia para instaurar la razón en un mundo donde el irracionalismo es su protagonista.

Denunció a una sociedad sin verdad donde los descubrimientos de la ciencia eran y son usurpados para la represión y la violencia, concibió la máquina como un medio para acabar con el trabajo alienado. Trató de proclamar la belleza como forma de conducta en una sociedad democrática, donde los hombres pudieran crecer en la convivencia y la interacción social. Donde la forma fuera un medio implicado en un auténtico proceso cultural que pudieran transformar los métodos irracionales en procesos humanos, pero existen verdades que no pueden precisarse con tanto rigor, y así en 1934 tuvo que abandonar Berlín, dejando atrás las aventuras de Weimar y Desau.

Trabajó en Inglaterra hasta 1938, que emigró a USA, donde intentó seguir manteniendo los principios que animaron su vida enseñando en la Universidad de Harvard, junto con muchos de sus colegas emigrados. Dictó durante dieciséis años cursos y lecciones en las diferentes universidades americanas, su labor pedagógica, su ideario estético, tuvo el eco de la buena profecía, aunque en parte fue ahogado por los mediocres del oportunismo, que siempre aducen cuestiones.

Le dio a la arquitectura, sin el menor énfasis, un código de rigor y trabajo; señaló caminos y vivió su vida con la nostalgia de una soledad impuesta. Ahora a los ochenta y seis años acaba de morir en Boston, y con él un fragmento de historia contemporánea de la arquitectura, que es importante recordar en una época y para una profesión que está favoreciendo una arquitectura sin función de significado, carente de un mínimo rigor científico y sociológico, ajena a la realidad a que va dirigida y enfangada en una promiscuidad que está haciendo cada día más de la gestión su principio y de la vulgaridad su símbolo.

ANTONIO FERNANDEZ ALBA